

**III**  
**LA DINÁMICA DE LA CONSTRUCCIÓN**  
**DEL IMPERIO**

## 9. LA REPÚBLICA DE LOS ESTADOS UNIDOS Y LA IMPORTANCIA DEL IMPERIO

Hasta su reciente renacer, el concepto de “imperialismo” había desaparecido del discurso académico y político. Sin embargo, con la excepción de los raros dinosaurios intelectuales, numerosos escritores, periodistas y académicos introdujeron ese concepto en sus análisis del poder mundial. Las formas de análisis que emplearon el concepto de “hegemonía” por lo general resultaron inadecuadas para explicar la dinámica de la construcción del imperio en la actualidad, en particular, la que guarda relación con el nuevo énfasis que el imperio de los Estados Unidos pone en la proyección de poder y dominio militar por la fuerza, es decir, el “nuevo imperialismo” (como algo opuesto a las maquinaciones del imperio económico en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial).

Hace unos cincuenta años, la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) describió la economía mundial en términos de un “centro” y una “periferia”, y veinte años después, Immanuel Wallerstein, teórico del sistema mundial, adicionó al discurso académico sobre la estructura de las relaciones internacionales la muy peculiar noción de “semiperiferia”. Pero la mayoría de los escritores críticos del mundo contemporáneo descartaron este y otros términos semejantes, desprovistos de toda especificidad histórica, clasista o estatal, por considerarlos carentes de sentido y, en consecuencia, inútiles. Además, como hemos argumentado en un contexto diferente (Petras y Veltmeyer, 2001), el reciente y en la actualidad muy difundido viraje intelectual hacia la noción de globalización como medio para describir lo que ocurre en el mundo actual, es aún menos útil.

No hace mucho, Hard y Negri (2000) se referían al “imperio” como un “mundo sin imperialismo”. Sin embargo hoy, justo tres años después, la noción de imperialismo en relación con la proyección unilateral de poder estatal por los Estados Unidos, vuelve a estar en el mapa intelectual y la agenda política. Todas las más importantes cuestiones que enfrentamos hoy relacionadas con la naturaleza de las relaciones de poder internacionales y la realidad de conflictos que se multiplican y de

los patrones de conquistas y resistencia, giran alrededor de la naturaleza y la dinámica del imperialismo, en particular, el más poderoso y agresivo poder imperial: los Estados Unidos de América.

Sin embargo, tan pronto como el espectro del imperialismo de los Estados Unidos alzó su cabeza y se reafirmó en nuestras mentes y en la política global, tuvo que enfrentar serios problemas relacionados con su capacidad de sostenerse en las actuales circunstancias, es decir, una cuestión que exige preguntar si el imperialismo norteamericano en su más reciente encarnación es tan “nuevo” como se dice. Los ideólogos y abogados del imperio norteamericano en el contexto actual hablan y escriben extensamente sobre la necesidad de un “nuevo imperialismo”, es decir, un imperialismo que no vacila en recurrir “a una fuerza organizada (...) coercitiva” (Wolfe, 2001:13) o regresar a los métodos más duros de una época anterior: la fuerza, el ataque preventivo, el engaño, o a cualquier cosa que /pudiera/ ser necesaria” (Cooper, 2000b :7).

En su forma más simple la cuestión es si el imperio norteamericano está en ascenso o en decadencia. Pero mientras esta parece ser la “cuestión central”, en realidad oscurece interrogantes más fundamentales que deben formularse, interrogantes que atañen a las relaciones entre la política y la economía domésticas y el imperio, a la dinámica de las fuerzas de resistencia y oposición al imperio, y a la capacidad política del Estado imperial para sostener su expansión externa y manejar la decadencia doméstica. Argumentar, como hacen algunos académicos, que el imperio declina porque “se excedió”, es decir, “se extendió demasiado” (Kennedy, Hobsbawm, Wallerstein), pasa por alto la capacidad de la clase dirigente imperial para redistribuir recursos de la economía doméstica y destinarlos a la defensa del imperio y la eficacia del Estado, así como a las instituciones privadas (los medios de comunicación, etcétera) que preparan el proyecto de construcción del imperio y, lo que es más importante, elevan la capacidad de los funcionarios estatales para reclutar vasallos al servicio del imperio.

La dinámica continua de la expansión imperial, que incluye la conquista militar de tres regiones (los Balcanes, Afganistán e Iraq), tiene lugar con la aprobación y el apoyo activo de la vasta mayoría de los ciudadanos norteamericanos que sufren los peores recortes económicos y sociales de los programas gubernamentales y la más regresiva legislación sobre impuestos de la historia reciente. Es evidente que estaban equivocados los comentaristas impresionables que vieron en las ocasionales manifestaciones de masas en Seattle, Washington, Cancún y otras ciudades contra la globalización y la guerra de Iraq, un desafío y un debilitamiento del Imperio.

Una vez que la guerra comenzó, las grandes manifestaciones terminaron y hoy no existe un movimiento de masas que se oponga a la continuación de la sangrienta ocupación colonial, ni que apoye la creciente resistencia anticolonial. Reviste seriedad el hecho de que los críticos del

poder imperial son incapaces de explicar la naturaleza *universal* de la doctrina imperial, que no es otra que la de librar guerra imperiales “dondequiera y hasta un futuro previsible”, según la doctrina de Bush enunciada con mayor claridad en su “Doctrina de Seguridad Nacional” del 2000. Aferrado al objetivo más visible y evidente —el petróleo en el caso de Iraq—, el crítico militante no consigue ver los múltiples sitios de la continua intervención militar imperialista en América Latina, África y Asia (Colombia, Djibuti, Filipinas, etcétera). El petróleo es una cuestión importante en el proyecto de construcción del imperio, pero también lo son el poder estatal en sus variadas formas (en particular, la económica y la militar) y el control y la dominación de vasallos, rivales y Estados independientes.

Para comprender del todo la agresión política y militar de los constructores de imperios en todo el mundo, debemos enfocar el alcance y la extensión del imperio económico de los Estados Unidos. Para establecer si el imperio norteamericano declina o se expande, ante todo debemos hacer una distinción entre economía doméstica (lo que denominamos “la república”) y economía internacional (lo que llamamos “imperio”).

## La estructura del imperio económico de los Estados Unidos

Uno de los indicadores imprescindibles de las dimensiones económicas del Imperio norteamericano, es el número y el porcentaje de sus Corporaciones Multinacionales (CMN) y bancos entre las primeras 500 firmas del mundo en comparación con otras regiones económicas. La mayoría de los analistas económicos coinciden en que la fuerza motriz de la economía mundial, las instituciones que constituyen el centro de los flujos internacionales de inversiones, transacciones financieras y comercio mundial son las CMN que, según la UNCTAD (2003), ascienden a unas 65 000 con un estimado de 860 000 filiales. Es igualmente importante que ningún Estado puede aspirar a la dominación global si su principal agente económico, las CMN, no desempeñan de conjunto un papel primordial en la economía mundial. Cualquier discusión seria sobre el presente y el futuro de la supremacía imperial de los Estados Unidos debe incluir un análisis de la distribución del poder entre las CMN que participan en la competencia, en particular, las primeras 500, o sea, el “club de los miles de millones de dólares” de la UNCTAD.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> También es posible comparar el poder económico de las CMN con el de las naciones Estados. La UNCTAD (2003) lo hace comparando el PIB de los países más grandes con el total de ventas anuales de las mayores CMN o, para mayor exactitud, con el valor añadido en el proceso de sus actividades económicas. Mediante esta discutible medición, por lo menos la mitad de las 100 mayores economías del mundo son CMN,

Existen diferentes procedimientos para identificar las “principales CMN” y medir su poder económico relativo. En beneficio del análisis seguiremos el enfoque del *Financial Times* y utilizaremos los datos que esa publicación ha compilado. El *FT* clasifica las compañías según su capitalización de mercado, o sea, el valor de las acciones de una compañía. Mientras mayor sea el valor de mercado de las acciones de una compañía, más alta será su clasificación. La capitalización de mercado equivale al precio de una acción multiplicado por el número de acciones emitidas. Solo se incluyen las compañías en las que la flotación libre de las acciones es superior al 85%, por lo que se excluyen aquellas donde el Estado o las familias poseen un gran número de acciones.

Las CMN que tienen su base en los Estados Unidos dominan las listas de las 500 corporaciones más importantes del mundo. Casi la mitad de las mayores CMN (48%) son de propiedad norteamericana y operan en los Estados Unidos, y casi duplican la parte de las CMN pertenecientes al competidor regional que le sigue: Europa (28%). Las CMN propiedad de japoneses solo constituyen el 9% del total, y el resto de Asia (Corea del Sur, Hong Kong, India, Taiwán, Singapur, etcétera) en su conjunto no llegan al 4% de las mayores firmas y bancos. La concentración del poder económico de los Estados Unidos es aún mayor si observamos las 50 CMN más grandes, de las cuales más del 60% son propiedad norteamericana; y el poder de los gigantes económicos norteamericanos es todavía más evidente cuando examinamos las primeras 20 CMN, el 70% de las cuales son de propiedad norteamericana. Entre las primeras 10 CMN, los Estados Unidos controlan el 80%.

Muchos analistas que tienen una visión muy impresionista y superficial de estos asuntos, al citar la declinación en los valores de mercado de las acciones de las CMN norteamericanas como un indicador general de la declinación de la posición global de los Estados Unidos no aciertan a reconocer que el valor de las acciones de las CMN europeas, Japón y el resto del mundo también cayó —en un grado igual o mayor—, lo que neutraliza el efecto de una aparente declinación del dominio de las CMN de los Estados Unidos. Además, el análisis no consigue tomar en cuenta el carácter financiero del capital mundial y el dominio de este capital por los Estados Unidos. Asimismo, la frenética actividad de “fusión y “adquisición” de las CMN en años recientes<sup>2</sup> puede explicarse a partir

---

lo que pone en duda el presunto “debilitamiento” de la nación Estado debido al impacto de la globalización, es decir, la internacionalización y globalización de las relaciones de poder económico y político, la toma de decisiones frente a la asignación (autoritaria) de los recursos productivos de la sociedad que presumiblemente pasan de la nación Estado a un complejo de organizaciones internacionales.

<sup>2</sup> En todo el mundo, la actividad de inversiones extranjeras directas se redujo considerablemente (51% en el caso del flujo de entradas y 55% en el flujo de salidas) en comparación con el año anterior, y en los países menos desarrollados de 238 millardos a 205 millardos de dólares. Según la UNCTAD, (*World Investment Report*, 2002)

del predominio del capital financiero que tiene su base en los Estados Unidos y sus inextricables nexos con las formas “globalizadoras” del capital de las corporaciones.

Podemos examinar algunos otros aspectos del poder económico continuado y consolidado del imperio norteamericano. Si comparamos la capitalización neta de las CMN de los Estados Unidos que se encuentran entre las primeras 500 firmas con las CMN de otras regiones, comprobaremos que el valor de las primeras supera el valor que, en su conjunto, tienen las de las regiones restantes. La valoración de las CMN de los Estados Unidos es de 7 445 millardos contra 5 141 millardos de dólares. Por lo tanto, las CMN norteamericanas poseen un valor de mercado que es más del *doblo* que el de las CMN de su más cercano competidor, Europa.

El argumento según el cual la “hegemonía” económica mundial de los Estados Unidos se consolida y crece, cobra más fuerza si examinamos los ocho sectores principales de la economía mundial: bancos, industria farmacéutica, telecomunicaciones, *hardware* de tecnología informática, petróleo y gas, *software* y servicios de computación, seguros y firmas de ventas al por menor. Las CMN que tienen su base en los Estados Unidos constituyen la mayoría de las mejor clasificadas en cinco sectores, son el 50% en un sector (petróleo y gas), y solo en un sector son minoría (seguros). El mismo patrón es válido si examinamos la llamada “vieja economía”. Las CMN de propiedad norteamericana en la vieja economía, incluidos la minería, el petróleo y los automóviles, los productos químicos y los bienes de consumo, son 45 de las 100 más importantes. Entre las primeras 45 CMN dedicadas a la manufactura, 21 pertenecen a los Estados Unidos, 17 a Europa, 5 a Japón y 2 al resto del mundo. Las compañías que ocupan el primer lugar de la clasificación en 23 de 34 grupos industriales son norteamericanas. Las CMN de los Estados Unidos controlan cerca del 59% de las principales firmas manufactureras y mineras, porcentaje que es casi igual al de las CMN europeas y japonesas juntas. Donde las firmas norteamericanas son más débiles es en el sector de la electrónica: solo 2 entre las 23 primeras.

Comoquiera que las CMN constituyen la fuerza motriz de la construcción del imperio económico —el agente primario de lo que podemos denominar perfectamente “imperialismo económico” —, es evidente entonces que los Estados Unidos continúan dominando, pues son pocos

---

esto fue resultado de dos factores: a) la reducción del frenético ritmo de la actividad de fusiones y adquisiciones, que totalizaron 4,6 millones de millones de dólares desde 1987 a 2001; b) una abrupta disminución del valor de las acciones de corporaciones en las operaciones bursátiles: el valor de las acciones listadas en la Bolsa de Valores de Nueva York disminuyó en una tercera parte en el 2001. A estos dos factores se le puede añadir el ritmo más lento de las privatizaciones, particularmente en Latinoamérica, donde la mayoría de las principales empresas públicas ya se había vendido.

o ninguno los indicios de “debilitamiento”, “decadencia”, o de que están perdiendo los principales puestos de la clasificación en favor de Japón o Europa.<sup>3</sup> La tesis de un imperio demasiado extendido o de una economía en decadencia no puede sustentarse en hechos. La burbuja especulativa de años recientes solo afectó al sector de la tecnología informática, pero esto también le ocurrió a los competidores de los EE.UU. Además, mientras este sector languidecía, los sectores de la “vieja economía” revivían o se expandían. E incluso dentro del sector de la tecnología informática, tuvo lugar un proceso de concentración y centralización, en el que otros gigantes norteamericanos como Microsoft, IBM, etcétera, avanzaron en la clasificación mientras muchas otras firmas bajaban de lugar.

Si bien es cierto que los fraudes y la corrupción socavaron la confianza de los inversionistas en las CMN norteamericanas, lo mismo ocurrió en Europa y Japón. El resultado ha sido una baja *general* en los valores de mercado de todas las CMN en cada uno de los centros trilaterales imperiales que compiten entre sí (Estados Unidos, Unión Europea y Japón). La baja mundial del valor de las acciones es evidente si comparamos el total de un año con el del siguiente: en el 2002 el valor neto era de 16 500 millardos de dólares, mientras que en el 2003 fue de 12 589 millardos, es decir, una baja de 22,6%. Sin embargo, alrededor de la mitad de la baja ocurrió en el sector de *hardware* de la tecnología informática.

El hecho indiscutible es que el imperio económico norteamericano es dominante y se encuentra en una fase de ascenso, y su profundidad y alcance es de tal magnitud que le permite superar a sus rivales europeos y japoneses por un múltiplo de dos en la mayoría de los casos. Los defensores de la tesis del “imperio decadente”, o bien no aciertan a captar los elementos económicos estructurales del Imperio de los Estados Unidos, o bien recurren a pronósticos basados en comparaciones históricas y concluyen, entonces, que en algún momento futuro el imperio, como todos los imperios, declinará (Hobsbawn). Los pronósticos a largo plazo de una decadencia inevitable tienen la virtud de *consolar* a miles de millones de personas que afrontan la explotación y las guerras destructivas y a los gobernantes de las naciones amenazadas por invasiones militares y la apropiación de sus lucrativos recursos naturales. Pero esto resulta irrelevante al diagnosticar la estructura y la dinámica del poder económico actual, así como para comprender las fuerzas que se le enfrentan. La tesis de la decadencia se basa en una teorización

<sup>3</sup> Si clasificamos las CMN norteamericanas según los activos extranjeros y no por la capitalización de mercado, estas multinacionales parecen ser menos dominantes, ya que sólo constituyen el 22% de las 100 primeras, según la UNCTAD (2002). Y medidas según el nuevo índice de “transnacionalización” de la UNCTAD, las CMN de origen norteamericano son aún menos dominantes, ya que todas ellas están clasificadas por debajo de varias compañías suizas y canadienses (UNCTAD, 2002: tabla 4.1).

abstracta, en el peor de los casos, en una ilusión, y en el mejor, en extrapolaciones improcedentes de la economía *doméstica* al imperio.

Lo que se necesita enfatizar es que las “contradicciones” que amenazan el imperio no son simples deducciones *económicas* de la asunción de un “imperio demasiado extendido” que presumiblemente dará al “pueblo” las energías necesarias para derrocar u obligar a quienes elaboran la política imperial a volver a pensar su proyecto imperialista. El imperio de los Estados Unidos ha sido construido y es apoyado por los dos grandes partidos políticos y por todas las ramas del gobierno; y ese imperio ha seguido una trayectoria ascendente valiéndose de guerras imperiales, conquistas coloniales y la expansión de las corporaciones, en particular, a partir de la derrota en Indochina. Las derrotas imperiales y los momentos de decadencia son el resultado directo de las batallas militares, sociales y políticas, la mayoría de las cuales han tenido lugar en América Latina y Asia y, en menor medida, en Europa y América del Norte.

## Militarismo e imperio económico

Pocas son las dudas de que el imperio económico global de los Estados Unidos ha tenido un nexo positivo de larga duración y en gran escala con el imperio militar de ese país. Son las dos partes de una misma estructura y proyecto. Los Estados Unidos tienen bases militares en 120 países del mundo que forman el núcleo del imperio militar. El militarismo norteamericano, que incluye guerras, intervenciones por encargo mediante mercenarios, combatientes contratados, fuerzas especiales y operaciones de inteligencia encubiertas, creó en muchas regiones del mundo durante un prolongado lapso las condiciones favorables para que se expandiera el imperio económico de los EE.UU. Los regímenes que imponen restricciones a las inversiones directas de origen norteamericano, se niegan a pagar deudas a los bancos de Estados Unidos, nacionalizan las posesiones en el exterior de ese país o apoyan movimientos nacionalistas, han sido amenazados para que se sometan, subvertidos o invadidos, lo que ha dado como resultado la imposición de regímenes-clientes favorables a la construcción del imperio de los Estados Unidos. No existe una secuencia precisa entre la expansión económica y la acción militar, aunque sí una vasta red de vínculos que se solapan. En algunos casos son los intereses económicos los que imponen las bases militares o la intervención de la CIA (como ocurrió en Chile en 1973), mientras que en otros la acción militar, la guerra incluida, se ha empleado para obligar a países a que se sometan al proyecto de la construcción económica del imperio (Iraq en el 2003).

Tampoco existe una simetría perfecta entre los gastos militares y la participación militar imperial, y la construcción económica del imperio.



En ocasiones el enfrentamiento militar ocurre después de la expansión multinacional corporativa, como ocurrió entre mediados de la década de los cincuenta del siglo XX y los primeros años de la década de los sesenta y, posteriormente, entre el final de las guerras de Indochina y los primeros años de la década de los ochenta. En otros casos ha ocurrido lo contrario: la participación militar domina la agenda económica política. Son ejemplos de ello: la guerra de Corea (1950-1953), la guerra de Indochina (1965-1974), la época de Reagan (1981-1989) y, al parecer, lo que ocurre hoy en Iraq. La “construcción” del imperio no sigue una línea de perfecta simetría entre los componentes económicos y militares. Ni tampoco un énfasis desproporcionado, periódico, en uno u otra conduce a la desaparición del imperio. Un examen del último medio siglo del imperio norteamericano corrobora lo dicho.

La noción de un imperio “demasiado extendido” se basa en la asunción ahistórica y especulativa de que la construcción del imperio sigue un patrón ideal o estilizado donde los costos militares y los beneficios económicos van de la mano. Esto es falso por distintas razones: la mayoría de los beneficios del imperio van a parar a la élite corporativa doméstica y extranjera, mientras que los costos los asumen los contribuyentes y las familias de bajos ingresos norteamericanos que aportan los soldados para el combate y la ocupación. Además, lo que en un período parece ser una desproporción entre lo militar y lo económico, en el siguiente parece un “equilibrio” entre ambos. Por ejemplo, los gastos militares y las intervenciones de los EE.UU. en la Guerra Fría contribuyeron a la caída de los regímenes comunistas, lo que condujo a la obtención de ganancias inesperadas y a la explotación lucrativa de los recursos minerales en los países que fueron comunistas, así como a una reducción de los programas de bienestar social en Occidente. Para concluir que el militarismo y los gastos militares “excesivos” (el “nuevo imperialismo”) son dañinos a la construcción del imperio económico sería necesario demostrar que declinó el control corporativo norteamericano de la economía mundial; que disminuyó el acceso de los EE.UU. a los recursos estratégicos; y que, la ciudadanía norteamericana rechaza sufrir los recortes sociales, los impuestos regresivos y las asignaciones presupuestarias que sustentan el proyecto de construcción del imperio. Pero hasta ahora nada evidencia que esto haya ocurrido.

La tesis de la “excesiva extensión” del imperio militar norteamericano pasa por alto la capacidad que tienen los constructores del imperio de EE.UU. para reclutar aliados y Estados clientes que estén dispuestos a aceptar obligaciones financieras, administrativas y policiales al servicio del imperio. En los Balcanes, los europeos tienen más de 40 000 soldados bajo el mando de una OTAN dominada por los Estados Unidos. En Afganistán, las fuerzas militares europeas, el personal administrativo de la ONU y varios Estados dependientes del Tercer Mundo, aportan el personal para proteger el régimen de marionetas de Karzai, a quien los

Estados Unidos designaron. En Iraq, aliados subordinados como los británicos y Estados vasallos como Polonia y otros países dependientes de Europa Oriental, aportan los auxiliares civiles y militares para hacer respetar el dominio colonial de los EE.UU. Durante mucho tiempo Washington se dedicó a crear numerosas organizaciones dependientes en Europa Oriental, como fue el caso de Solidaridad en Polonia, que data de la década de los ochenta del xx, lo que le ha permitido contar con una gran reserva de apoyo diplomático y político y con ejércitos mercenarios en la campaña actual de construcción del imperio. Se están construyendo inmensas bases militares y plataformas para el despliegue de tropas en Rumania y Bulgaria, semejantes a las que existen en Kosovo y Macedonia.

Los constructores del imperio de los Estados Unidos sacaron a los rusos de Asia Central y meridional y construyeron bases aéreas en Kazajstán, Uzbekistán, Georgia y Afganistán. El reclutamiento de regímenes clientes desde el Báltico hasta el Oriente Medio, Asia Central y Asia Meridional, es una demostración del rápido crecimiento del imperio militar norteamericano y de la creación de nuevas oportunidades para que las CMN de EE.UU. expandan el imperio económico. Este imperio extendido condujo al establecimiento de alianzas regionales regidas por él, y aportan reclutas militares destinados a reforzar y consolidar un imperio en expansión. En vez de contemplar la construcción del imperio norteamericano como un proceso de “extensión excesiva”, debe verse como un proceso de *ampliación del grupo* de nuevos reclutas cuya misión es fortalecer el mando militar de los Estados Unidos. El poder de este país aprendió a descartar el compartimiento del poder multilateral con sus aliados y competidores imperiales europeos, en favor de la subcontratación de la ocupación militar y las funciones de policía a los nuevos países dependientes de Europa Oriental y Asia Central y meridional.

Durante todo el crecimiento y la expansión del imperio norteamericano, la Unión Europea no ha dejado de marchar en pos de sus conquistas, financiando y suministrando administradores civiles y militares. El breve intervalo de la disensión alemana, francesa y belga, antes de la invasión norteamericana de Iraq, fue seguido de una casi total subordinación a las políticas imperiales norteamericanas: exigencias belicosas e impertinentes, ataques a Irán, Corea del Norte y Cuba; compromisos de seguir el ejemplo norteamericano en cuanto a promover una fuerza de despliegue rápido; respaldo a la ocupación norteamericana de Iraq (Resolución 1483 del Consejo de Seguridad) y, de un modo más general, el reconocimiento de que, según las palabras del obediente Javier Solana, quien se ocupa de los asuntos exteriores de la Unión Europea, “no deseamos competir con los Estados Unidos —lo que sería absolutamente ridículo—, sino abordar juntos el problema”. Por lo general, la Unión Europea acepta su papel (tal como lo definieron Rumsfeld y Wolfowitz)

de aliado subordinado a la campaña norteamericana por la dominación mundial con el fin de asegurarse un lugar en el ámbito económico, un poder delegado y una parte minoritaria de los contratos y compañías privatizadas.

Los imperialistas que afirman que una mayor independencia y competencia europeas debilitarían el imperio norteamericano debían leer a Romano Prodi, Presidente de la Comisión Europea, quien declaró a la prensa en Washington, en junio del 2002: “Cuando Europa y los Estados Unidos están juntos, no hay problema o enemigo que no seamos capaces de enfrentar; si no estamos juntos, cualquier problema puede convertirse en crisis”. Prodi y Solana representan el pensamiento nuevo en Europa: es mejor colaborar con un imperialismo victorioso y asegurar beneficios minoritarios, que ser castigados, intimidados y dejados al margen, excluidos de las nuevas colonias. Dada la promesa de ayudar a pagar los costos iniciales de la ocupación y la construcción del Estado colonial sin desafiar la supremacía norteamericana, los constructores del imperio norteamericano de conjunto tienden a dar la bienvenida y estimular este pensamiento nuevo.

No hay indicios de que el militarismo global esté erosionando la construcción del imperio económico en los Estados Unidos, y esto incluye la fase actual de las guerras norteamericanas de conquista imperial. Las CMN de los Estados Unidos siguen dominando en los bancos, la manufactura, la tecnología informática, la industria farmacéutica, el petróleo y el gas y otras industrias estratégicas. La invasión de Iraq fortaleció el control norteamericano sobre las segundas mayores reservas de petróleo y gas del mundo, y el acceso a ellas. Además, no se avizora ninguna revuelta popular inminente o el rechazo de la ciudadanía a la construcción del imperio. En medio de la conquista colonial, más del 75% de los ciudadanos norteamericanos —la más alta proporción en el mundo— declaran sentirse “muy orgullosos de su país”; ocho de cada diez personas apoyaron la invasión de Iraq y siguen respaldando la ocupación norteamericana, incluso cuando es de conocimiento público que la justificación del Presidente Bush para desencadenar la guerra —destruir las armas de destrucción masiva— resultó no ser más que una pura invención.

Pese a la mayor reducción regresiva de impuestos en la historia reciente, al gran recorte del gasto social y a los inmensos déficit presupuestarios, evidencia de que las fuerzas de ocupación norteamericanas nada tienen que ver con la “liberación de los iraquíes”, e incluso a que ya comenzó el conteo regular de jóvenes soldados muertos, los ciudadanos norteamericanos dan pocas muestras, por no decir ninguna, de que están dispuestos a protestar en masa. El movimiento contra la guerra de enero y febrero del 2003 desapareció casi por completo una vez que se llevó a cabo exitosamente la conquista y la ocupación militar de Iraq. En pocas palabras, la extensión de la actividad militar desde los Balcanes a través del Oriente Medio y hasta Asia meridional no afectó adversamente

la posición económica internacional de las CMN norteamericanas, ni tampoco socavó el apoyo político doméstico al proyecto de construcción del imperio y a sus arquitectos.

## La decadencia de la república

No obstante, el crecimiento y la consolidación continuos del imperio norteamericano hay otro aspecto de él, un aspecto oculto si se quiere. Mientras el imperio prospera y las bases militares proliferan, la “república” —la economía dentro de las fronteras del territorio de los Estados Unidos— declina, su sociedad de clases se polariza cada vez más y su política es más represiva.

Existen dos economías y actividades estatales que aunque son diferentes están interrelacionadas: el imperio, que abarca el mundo de las CMN, el aparato militar global y las instituciones financieras internacionales vinculadas al Estado imperial; y la “república”, o sea, la economía, las instituciones estatales y las clases sociales que proporcionan los soldados, los ejecutivos, los dólares de impuestos y los mercados que sustentan el imperio. El crecimiento del imperio ha empobrecido visiblemente y de varias formas la economía doméstica, al tiempo que enriquece a los presidentes ejecutivos de las empresas (y a sus nutridos séquitos) que ben dirigen las actividades en el exterior de las CMN y se benefician de ello. Los constructores del imperio norteamericano añadieron más de 100 millardos de dólares al gasto militar para financiar las guerras de Afganistán e Iraq, para lo cual recortaron los programas de asistencia social, educación y salud. Y en el aniversario del 11 de septiembre, la administración solicitó otros 800 millones de dólares para preparar un informe final sobre el paradero de las “armas de destrucción masiva” de Iraq. Los costos sociales del imperio son asombrosos. Hoy, según el Instituto para los estudios de políticas, son más de 40 millones los norteamericanos que no tienen cobertura de salud alguna; otros 50 millones cuentan con una cobertura parcial aunque claramente inadecuada; y muchos otros millones están obligados a gastar hasta una tercera parte de sus ingresos netos en una adecuada cobertura médica. En cuanto al sistema de bienestar social del gobierno, los fondos de pensiones y de seguridad social que se requieren para garantizar y proteger el bienestar de los ciudadanos norteamericanos fueron consumidos para cubrir los gastos corrientes e impedir que el déficit presupuestario creciera hasta un punto en que no fuera posible controlarlo. Al mismo tiempo, mediante las maquinaciones de corporaciones como Enron —y Corpfocus, un organismo de vigilancia y control a cargo de ciudadanos, demostró que Enron no es un caso aislado, sino la más visible manifestación de todo un sistema de avaricia y corrupción corporativas que cuesta a la “sociedad” (en apropiaciones destinadas al enriquecimiento perso-

nal) millones, por no decir millardos, de dólares anuales— un gran número de pensiones de empleados, con fondos de hasta 40 millardos de dólares, fueron virtualmente barridos de la noche a la mañana.

Solo en el 2003, el financiamiento del imperialismo ya había provocado un déficit presupuestario en ese año que se estimó en 400 millardos de dólares, aunque lo más probable es que aumente debido a que la ocupación de Iraq costará, por lo menos, otros 80 millardos (86 millardos de dólares, según lo que la administración pidió al Congreso) para asegurar la victoria de las fuerzas de la “libertad”. La producción industrial doméstica, particularmente en el sector automovilístico, experimentó una aguda declinación en los márgenes de las utilidades, ya que la Ford tuvo pérdidas por varios millardos de dólares, mientras que la mayoría de las empresas manufactureras norteamericanas invertían en el extranjero o subcontrataban la producción a fabricantes locales en América Latina y Asia. Como resultado de ello, las subsidiarias de las CMN norteamericanas se hicieron con una importante parte de las exportaciones de China al mercado de los Estados Unidos, pero también incrementaron el déficit exterior de este país en el 2003, un déficit que ascendió a 500 millardos y sigue aumentando. Las superganancias que obtuvieron las CMN que se deslocalizaron para instalarse en las nuevas economías semicoloniales y coloniales de Asia y América Latina, fortalecieron las instituciones imperiales a la vez que debilitaban la economía doméstica y el financiamiento presupuestario del gobierno y las cuentas externas.

Pero los “insoportables costos de la dominación global” (según el financiero Felix Rohatyn) son, de hecho, harto “soportables”, por lo menos por los ultrarricos y una clase media que, aunque disminuida, sigue siendo extensa. No se ha producido una revuelta de masas pese a las crecientes desigualdades en la distribución del ingreso, la declinación de los estándares de vida, los servicios sociales agotados o inexistentes, los largos días de trabajo y el aumento de las contribuciones personales a los fondos de pensiones y salud, así como a la corrupción y los fraudes continuados en los fondos de pensiones y ahorros de jubilados e inversionistas norteamericanos, que cuestan a estos millones de dólares. El desempleo no cesa de crecer. Si incluimos a aquellas personas que no se molestan en registrarse, la tasa de desempleo a mediados del 2003 superó el 10%. Por supuesto, en algunos sectores de la población y de la sociedad —en las zonas residenciales y las comunidades demasiado pobladas— la tasa de desempleo es mucho mayor, y llega a elevarse hasta un 80% en algunas zonas. Las estadísticas de desempleo no incluyen el gran problema del subempleo, esto es, el que hasta un 40% de la fuerza laboral se dedique a lo que el lenguaje popular llama “trabajos de mierda”, con salarios que están en el nivel de pobreza, malas condiciones laborales y/o formas irregulares del empleo, como los trabajos temporales y de jornada parcial. La estadística combinada sobre este ámbito del imperio norteamericano —su aspecto oculto dentro

de los EE.UU., tras las murallas del imperio— apuntan a una economía estancada y a una decadente sociedad enferma allí donde no se ha venido abajo.

En este contexto de descomposición doméstica, los constructores del imperio gastan sumas inmensas para conquistar el mundo valiéndose de reclamos inventados. Aterrán a la población con visiones paranoicas de ataques inminentes que sirven de pretexto a las guerras infinitas, la conquista del mundo y la espantosa matanzas de gentes indefensas. Patrocinan o protegen a los terroristas domésticos del ántrax que espantaron a los ciudadanos norteamericanos y sirvieron para justificar el terror de Estado norteamericano. De todos modos la gran mayoría de los norteamericanos simplemente “se cruzaron de brazos y observaron” (Harold Pinter), o lo que es peor, sintieron el orgullo y el placer vicario de que los asociaran a los victoriosos ejércitos devastadores. Aunque las principales ciudades de los EE.UU. están en bancarrota o muy endeudadas, el gobierno federal gasta miles de millones subsidiando a las élites agroexportadoras a un ritmo de 180 millardos de dólares en 10 años, otorgando lucrativos contratos por miles de millones de dólares a los contratistas de las grandes multinacionales de la construcción (Halliburton) que mantienen estrechos vínculos con los constructores del imperio, mientras gastan miles de millones en el mantenimiento de ejércitos mercenarios en Afganistán, Iraq y Colombia. En medio del estancamiento del país, los constructores del imperio conceden inmensas rebajas de impuestos a la élite corporativa, es decir, a los que son más propensos a invertir en las CMN y en sus “operaciones” en el exterior.

Para atraer inversiones exteriores que permitan financiar el gran déficit en la balanza comercial del país, el Estado imperial permite a los bancos multinacionales de los Estados Unidos que laven miles de millardos de dólares en fondos ilícitos, dólares que provienen de evasores de impuestos multimillonarios, banqueros corruptos y de la élite de funcionarios políticos de América Latina, China, África y de cualquier otro lugar (del Congreso de los Estados Unidos, por ejemplo). Los fondos para sostener el imperio provienen en parte de muy corruptos vasallos extranjeros que “invierten” en la economía norteamericana mientras se dedican al pillaje de sus propios países o abren las puertas de su economía al pillaje imperial. Sin embargo, a medida que el dólar se debilita y las oportunidades rentables se reducen, la declinante economía de la república deja de atraer las hasta ahora grandes inversiones extranjeras. La afluencia de inversiones extranjeras directas, por ejemplo, se redujeron de 300 millardos de dólares en el 2000 —más del 20% del total de las inversiones extranjeras directas en el mundo— a solo 124 millardos en el 2002 y a 50 millardos en el 2003 (UNCTAD, WIR-02). El problema consiste en que la república necesita 2,7 millardos de dólares diarios en afluencias de capital para financiar el déficit externo de la balanza comercial, que ascendió a la histórica cifra de 354 millardos de dólares

en el 2002 (US Census Bureau, 2003).

Las consecuencias del fortalecimiento del imperio y el debilitamiento de la república son: mayores sacrificios sociales en el país, más proteccionismo, mayores transferencias de ganancias y de pagos de intereses desde América Latina y otras regiones neocoloniales, más cruzadas moralizantes, campañas más vigorosas de los medios de comunicación, mentiras oficiales aún más descaradas y nuevas guerras que estimulan el chovinismo. En este contexto, lo estafado por las corporaciones a millones de inversionistas y jubilados norteamericanos sirvió para enriquecer personalmente a los presidentes ejecutivos y financiar la expansión de las CMN en el exterior, así como para empobrecer a muchos. La corrupción no es una aberración de unos pocos presidentes ejecutivos descarriados, sino un rasgo estructural de la construcción del imperio de los Estados Unidos, tanto en el exterior como en el país.

## La guerra imperial y la república

Pese a las críticas ocasionales de los líderes europeos y al inconsecuente desacuerdo de la legislatura de la república, el régimen de Bush extendió ampliamente el proyecto de construcción del imperio sobre los cimientos (y redes) militares y políticos de sus predecesores, en particular, la presidencia de Clinton. En época de Clinton, el imperio militar se extendió desde el Báltico hasta los Balcanes y más allá de la ocupación parcial de Iraq. Los militaristas de Bush, sin embargo, se las arreglaron para ampliar el imperio militar norteamericano mediante la conquista de Iraq, el Cáucaso, Asia Central, Afganistán y Asia meridional, y la construcción de un vasto archipiélago de bases militares, zonas de abastecimiento militar y fortalezas desde las que se podía atacar toda la parte meridional de Asia hasta, e incluida, Corea del Norte. En el Oriente Medio, Bush anunció una “zona de libre comercio” —desde África del Norte hasta Arabia Saudita, incluido Israel— controlada por los Estados Unidos.

Como señala Wolf en el *Financial Times*, las aventuras en curso de la administración Bush en esta región estratégicamente crucial guardan relación con dos preocupaciones que se hallan detrás de todas las formas del imperio: el control de todos los recursos codiciados (el petróleo en este caso) y un “vacío de seguridad”, esto es, la oposición al imperio. Nunca el imperio norteamericano había crecido tan extensamente, con tanta rapidez y de una manera tan fácil, lo que convierte a lo que se dice (y a lo mucho que se escribe) sobre la “decadencia del imperio” en pura palabrería o en un ejercicio autoindulgente de “cura por la fe”.

Como ocurrió con la irracional política exterior del régimen en cuanto a Cuba, algunos sectores económicos de los Estados Unidos indudablemente sufrieron las consecuencias de la histórica propaganda

“antiterrorista” del imperio, diseñada para conseguir respaldo público a las guerras y conquistas imperiales. Los sectores más afectados son los de las industrias de aeronáutica civil, el turismo y las consiguientes actividades de servicios. Sin embargo, los subsidios estatales de gran cuantía y los préstamos de bajos intereses protegieron el sector corporativo de estos efectos adversos.

Las fuerzas políticas y sistémicas impulsan la construcción del imperio en nuestros días, mientras que el extremismo ideológico la refuerza. Las tentativas simplistas de explicar la guerra mediante la influencia del complejo militar-industrial no toma en consideración la declinación relativa en años recientes de la importancia que tiene sector de la aeronáutica y la defensa entre las 500 firmas más importantes. Las conquistas imperiales se basan hoy en el esfuerzo por dominar el mundo —la ONU se fundó para frustrar proyectos semejantes— y en crear oportunidades *futuras* en provecho de las CMN. El imperio militar se diseñó para asegurar el futuro acceso a la riqueza, no para generarla en los procesos de conquista. La guerra y la red de satélites militares están diseñadas como un apéndice de la organización del sistema para facilitar la obtención de ganancias de monopolio con la complicidad de los gobernantes dependientes dispuestos a conceder derechos de explotación a las CMN.

“La construcción del imperio no es un té”, nos dijo en una ocasión un coronel retirado de los marines norteamericanos refiriéndose a las violaciones sistemáticas de los derechos humanos que acompañan las guerras y las conquistas imperiales. No hay nada que evidencie mejor la conquista deliberada, planificada y violenta y la ocupación brutal insertas en la construcción del imperio norteamericano que la *oposición* de los Estados Unidos a la corte penal internacional y el despiadado *arm-twisting* que obligó a más de 50 países a firmar pactos bilaterales que otorgaban impunidad al personal militar norteamericano. Pero no es lo inhumano de las guerras imperiales, ni las flagrantes violaciones de la ley internacional, ni la invención de provocaciones para justificar la conquista colonial lo que origina las fisuras en el bloque de poder dirigente (funcionarios estatales y la élite corporativa), sino la controversia entre los constructores del imperio militar que gobiernan y los constructores del imperio económico en cuanto a la mejor manera de construirlo y de consolidar la estructura de gobierno y dominación *sin socavar la capacidad de la república para financiar el Estado imperial*.

## El conflicto entre imperios

El conflicto entre las élites sobre la mejor manera de construir el imperio se libra en distintos niveles. La cuestión primera, y más general, atañe a la relación entre los constructores militaristas del imperio y los corporativos. A la misma vez que comparten una visión común del im-



perio norteamericano, están en desacuerdo (por lo menos algunos) en cuanto al grado de “autonomía” de que disponen los militaristas a la hora de actuar y a que en ocasiones elaboran estrategias militares que se centran en la conquista en vez de en los costos y beneficios económicos. Las conquistas militares exitosas aumentaron el poder y ampliaron la independencia de los militaristas al elaborar la estrategia global sin tener en cuenta y contra algunos de los intereses de los constructores del imperio económico en el sector privado.

La segunda cuestión tiene que ver con las distorsiones en la construcción del imperio norteamericano provocadas por estrategias clave del imperio debido a sus vínculos con el sionismo y a la influencia que este ejerce en la elaboración de la política imperial, sobre todo en el Oriente Medio. Sionistas como Wolfowitz, Feith, Perle y muchos otros arquitectos de la estrategia de conquista global, cuando se trata de apoyar la política estatal israelí, se dedican casi fanáticamente a dirigir la política norteamericana hacia la destrucción de los adversarios árabes de Israel en todo el Oriente Medio, incluso cuando un enfoque “negociado” de la expansión del imperio norteamericano —y de la paz— es viable. Ocurre lo mismo en el caso de Irán y Siria, pese a que han aparecido en estos países personalidades y movimientos políticos liberales pro-norteamericanos que andan en busca de métodos no violentos.

A los estrategas militares y de inteligencia convencionales les parece igualmente dañino que los constructores sionistas del imperio expresaran un paranoico punto de vista israelí de la política: la de un mundo lleno de enemigos, entre ellos los europeos, en quienes no se puede confiar y de gente de todo el Tercer Mundo que se consideran terroristas potenciales. Sionistas influyentes como Richard Pere siguen los preceptos de un tristemente célebre político y militar israelí (Moshe Dayan): “los árabes sólo entienden el uso de la fuerza”. Mientas que la “filosofía” israelo-sionista es lo suficientemente mortífera en el Oriente Medio, sus exponentes en Washington tienen poder global y la capacidad de ejercerlo en todo el mundo. Los militaristas norteamericanos, que tienen vínculos lejanos con Israel e hicieron de las prácticas israelíes la guía doctrinal de su proyecto de construcción del imperio, adaptaron la visión del mundo israelí de guerras “preventivas”, “colonización”, ocupación, castigo colectivo y el empleo unilateral de la fuerza en desafío a la ley internacional.

El resultado de esta “parcialidad sionista” en la estrategia norteamericana de la construcción del imperio generó varios conflictos dentro de la élite imperial: entre los constructores del imperio económico que buscan alianzas con los que mandan en el petróleo árabe con el fin de extender su dominio; entre la élite profesional de los militares y las agencias de inteligencia que los sionistas castigaron y dejaron al margen por no haber suministrado la información de inteligencia “apropiada” para la guerra de aniquilamiento de los enemigos de Israel. Esto hizo que el

Subsecretario de Defensa Paul Wolfowitz creara una estructura de inteligencia paralela compatible con la política sionista de “destruir los enemigos de Israel”. Este espurio grupo de inteligencia, que se calificaba a sí mismo de “conspiración”, es menos una agencia de inteligencia ocupada en la recolección de información confiable que una agencia de propaganda dedicada a inventar “informes” justificadores de políticas de guerra preconcebidas que se basaban en la visión del mundo israelí.

En su tercer nivel, el conflicto en el interior del régimen es el que existe entre Rumsfeld, Secretario de Defensa, y los profesionales de la inteligencia militar. Rumsfeld, en tanto que figura clave implicada en el proceso de construcción del imperio militar, se ha dedicado vigorosamente a concentrar poder en sus manos, así como, en las de aquellos que forman parte de su círculo personal, que encabezan Wolfowitz, Perle, Boulton y otros militaristas extremistas. Rumsfeld no permitió que otros profesionales del Pentágono participaran en la reorganización de las fuerzas armadas, la obtención de armas, la elaboración de la estrategia de guerra y las operaciones de inteligencia. Promovió a oficiales leales por encima de aquellos de mayor antigüedad y experiencia militar, y humilló a quienes expresaban el más insignificante desacuerdo. Su tiránica actitud hacia los oficiales de alta graduación forma parte de su método de ahogar cualesquiera discusiones en la élite. Sus más fieles subordinados y sus asesores más influyentes son aquellos que se adhieren a su estrategia extremista de construcción del imperio militar: una secuencia de guerras que se solapan y combinan con los programas de asesinatos terroristas encubiertos.

No cabe duda de que Rumsfeld ha sido la figura que controla la formulación y la ejecución de la estrategia de conquista militar del mundo, una estrategia imperial que mucho se parece, por no decir que es idéntica, a la de la Alemania nazi. La concentración del poder de Rumsfeld dentro de la élite imperial y la hostilidad hacia los profesionales se manifestó dramáticamente cuando nombró al general retirado Shoomaker, antiguo comandante de las Fuerzas Especiales “Delta”, que algunos militares de alta graduación del cuartel general de Delta en Fort Bragg describieron a uno de los autores de esta obra (Petras) como una colección de “sicópatas entrenados para asesinar”. Es claro que el que fuera general de Delta fue seleccionado precisamente porque su perfil ideológico y su comportamiento coinciden con los del propio Rumsfeld.

La primera de las principales diferencias y conflictos internos entre Rumsfeld y las jerarquías militares y de la inteligencia, que salieron a la superficie después de la guerra de Iraq, tenían que ver con la cuestión de la no existencia de armas de destrucción masiva en Iraq. Comoquiera que estas armas fueron la principal justificación de la administración Bush para desatar la guerra, esto dio origen a un debate en los medios de comunicación y entre algunos congresistas. El conflicto entre los miembros de la élite y dentro de ella afloró cuando los “profesionales” de las

fuerzas armadas y las agencias de inteligencia filtraron informes e hicieron declaraciones que cuestionaban los alegatos de Rumsfeld en su escalada hacia la guerra. Es evidente que los “profesionales” deseaban hacer responsables a Rumsfeld y a su círculo personal de “inteligencia” de preparar los datos para justificar los planes de guerra de Rumsfeld-Wolfowitz. Dicho en pocas palabras, la intensidad de la lucha por el poder burocrático entre los miembros de la élite y dentro de esta había llegado a un punto en el que los profesionales en pro del imperio estaban dispuestos a cuestionar una exitosa guerra imperialista para deshacerse de un tirano burócrata que ponía en peligro su proyecto (la construcción del imperio), con el fin de promover su estrecho poder personal dentro del aparato estatal imperial. Sin embargo, con la ayuda del Congreso y de los medios de comunicación, los militaristas pudieron enterrar el asunto, e incluso consiguieron que el público diera su consentimiento a la guerra.

El cuarto asunto dentro de la élite imperial gobernante es el conflicto en cuanto a las relaciones entre los constructores del imperio militar y los del imperio económico. Estos últimos conciben claramente la acción militar como un *medio* para conseguir un fin: un imperio norteamericano dominante y hegemónico. Para los imperialistas militares, la definición militar de la conquista del mundo se convirtió en un objetivo estratégico que, se pensaba, redundaría eventualmente en beneficio de los constructores del imperio económico. Esto hizo que algunos críticos e ideólogos entre los constructores del imperio económico cuestionaran el conocimiento que tenían los militaristas de los costos económicos a corto y largo plazo de una política indiscriminada de intervención militar y guerra permanente. Esto puede convertirse en un importante debate sobre los *métodos* de la construcción del imperio, pero no sobre el imperio mismo, que ambas partes apoyaban. La disputa sobre el “amiguismo económico” que aqueja a los militaristas echó más leña al fuego del debate. Estos otorgan contratos lucrativos de posguerra a las favorecidas CMN que están ligadas a la camarilla Rumsfeld-Cheney-Bush, al tiempo que ignoran los reclamos de otros sectores corporativos.

Sin embargo, estas disputas entre capitalistas y constructores del imperio militar son obviamente secundarias con respecto a los poderosos intereses y políticas que los unen. Pese a que algunos capitalistas expresaron ocasionalmente, y de pasada, algunas preocupaciones sobre las políticas de guerra imperialista, la clase capitalista, las CMN en particular, respalda fuertemente la construcción del imperio de Bush-Rumsfeld.

Existen por lo menos siete razones por las que las CMN respaldan la administración Bush a pesar de los recelos de algunos capitalistas relacionados con la doctrina neonazi de la guerra permanente. Pese a que unos pocos editorialistas en la prensa financiera y algunos capitalistas criticaron los déficit financieros, el dólar débil y los crecientes déficit de las cuentas externas, la mayoría de la clase capitalista le sigue dando

un sólido apoyo al régimen de construcción de imperio de Bush por razones muy concretas. El régimen rechazó todos los tratados internacionales, incluido el acuerdo de Kyoto, que impone controles ambientales a la industria, por lo que se reducen los costos de producción de las firmas norteamericanas. En segundo lugar, la administración Bush otorga subsidios por miles de millones, en particular, a las firmas exportadoras de productos agropecuarios, lo que permite a las empresas que los reciben ampliar su parte en el mercado y elevar su “competitividad” y sus ganancias. En tercer lugar, la administración Bush protege más de 200 productos en cuya producción participan decenas de miles de productores que no son competitivos y venden en el mercado de la república (“doméstico”), por lo que bloquean o limitan la entrada de competidores más eficientes. En cuarto lugar, el régimen de Bush redujo los impuestos de toda la clase capitalista, lo que benefició a los directores ejecutivos de la CMN y a los capitalistas que operan en la “república”, los que recibieron aumentos cada vez mayores por dividendos, ganancias de capital y salarios. En quinto lugar, la administración Bush ha tolerado (o participado en) el encubrimiento de la corrupción en gran escala, del fraude y los delitos de auditoría en la mayoría de las CMN y bancos más importantes. En sexto lugar, el régimen sigue tolerando las regulaciones bancarias poco rigurosas que no hacen más que promover el lavado de millardos de dólares por los bancos multinacionales norteamericanos.

En séptimo lugar, la administración Bush rechazó aumentar el salario mínimo y ha seguido una línea antiobrera, que se traduce en una reducción de los costos laborales de las grandes y pequeñas empresas que operan en el sector de los servicios o poseen establecimientos donde la intensidad del trabajo es mayor.

Estas y otras políticas similares proporcionan las bases económicas al nexo estructural de larga duración y en gran escala entre la administración Bush y la clase capitalista en su conjunto. Esto explica la íntima colaboración entre los constructores del imperio económico y los del imperio militar, es decir, entre los constructores del imperio militar y la clase de los hombres de negocios que operan en la república. El “intercambio” (¡cómo si hiciera falta alguno!) comprende contribuciones económicas financieras del Estado a la élite local de los hombres de negocios a cambio del apoyo financiero y político de la clase capitalista a los constructores del imperio militar.

Lo que permite a estos últimos proseguir en su consecución de la conquista del mundo, pese a las críticas inconsecuentes y de pasada de sus aliados europeos, es saber que cuentan con el sólido respaldo de Wall Street y “Main Street”, la Calle Principal, es decir, los capitalistas que producen para el mercado doméstico de la república. Además, el poder externo y los nexos corporativos entre las CMN y los bancos norteamericanos con sus homólogos europeos debilitaron la disposición europea

de desafiar las supremacía de los Estados Unidos y fortalecieron los regímenes de derecha de Berlusconi y Aznar en Italia y España.

## Circos sí, pero pan no

La construcción del imperio no otorga beneficios a los obreros, los empleados, los pequeños granjeros ni a la mayoría de los hombres de negocios de la república. Su apoyo al Imperio se basa en el consumo de la propaganda estatal a través de los medios de comunicación, es decir, una gratificación simbólica por formar parte de un victorioso “poder mundial” y por mantener una actitud servil hacia la autoridad estatal establecida. La falta de credibilidad de un partido o movimiento político de izquierda sigue minando o impidiendo la formación de una oposición popular. Y lo que es peor, los que se hacen pasar por intelectuales o revistas de izquierda apoyaron en gran medida las guerras de los Estados Unidos contra Yugoslavia, Afganistán y, en menor grado, Iraq.

Lo más revelador es que la gran mayoría de la izquierda intelectual norteamericana se unió a la administración Bush en sus ataques contra Cuba por la ejecución de terroristas cubanos y el encarcelamiento de elementos subversivos y propagandistas financiados por los Estados Unidos. Los movimientos y revistas “progresistas” de los Estados Unidos, con algunas notables excepciones, nunca expresaron su solidaridad con los movimientos de resistencia anticolonial del pasado o del presente, con las luchas de liberación nacional o los regímenes revolucionarios, tratándose del Frente de Liberación Nacional de Viet Nam, la resistencia iraquí o la Revolución Cubana. La mayoría de la oposición norteamericana tiende a ser legalista (citan la ley constitucional) o moralista (citan preceptos universales) y está divorciada de cualquiera o de todas las formas de lucha por el cambio social, esto es, de la práctica revolucionaria, sin duda, pero incluso del reformismo.

El Estado, los medios de comunicación y el mundo de las corporaciones alientan toda una dedicación pasiva e insensata, como espectadores de masa, a los deportes y los espectáculos de entretenimiento, lo que crea un *ethos* apolítico (héroes y heroínas de los deportes y las telenovelas) y refuerza la visión del mundo que tiene el imperio sobre lo que es “bueno” y “malo”, donde los “tipos buenos” derrotan a los hacedores del “mal” mediante la violencia y la destrucción. Quizás lo más asombroso sea la forma en que unos pocos sociólogos abordan esta cuestión o incluso la conceptúan de problema, problema que nos remite al fundamento mismo de la “sociedad” y la “cultura” de los Estados Unidos.

A medida que el imperio crece, desaparecen los fondos de pensiones corporativos, los costos de los servicios médicos y los productos farmacéuticos se disparan y la pobreza aumenta más allá de lo que registran las defectuosas estadísticas oficiales. En julio del 2003, la tasa de de-

empleo oficial era del 6,5%, pero la tasa no oficial se acercaba al doble de esta. La construcción del imperio no crea una “aristocracia obrera” que anhela compartir las migajas del imperio, por lo menos, si excluimos a los miles de funcionarios sindicales que obtienen cientos de miles de dólares por concepto de salarios anuales, pensiones y retribuciones, mientras que los afiliados a sindicatos en el sector privado que pagan sus cuotas, y constituyen solo el 9% de la fuerza laboral, están desmovilizados y desmoralizados. Las desigualdades sociales en la república se ensanchan y ahondan: la proporción entre el ingreso de un director ejecutivo y un trabajador, que era de 80 a 1 hace veinticinco años, es de 450 a 1 en la actualidad, y no deja de crecer. Desde 1990 al 2000, los pagos que reciben los ejecutivos de las principales corporaciones norteamericanas aumentaron en un 571%, y las noticias recientes apuntan hacia la continuación de esta tendencia: los salarios se comprimen —la parte del trabajo en el ingreso nacional declinó significativamente (en un 12% solo en la última década) — mientras la remuneración (salarios, opciones de adquirir acciones y otros beneficios) de los directores ejecutivos sigue creciendo a ritmos acelerados (Weisman, 2002); y la parte del “capital” en el ingreso nacional (dinero disponible para ser invertido) aumenta sin cesar.

Uno de los mecanismos que emplean los gobiernos para reducir la parte de los trabajadores y de las familias en el ingreso nacional y aumentar la del capital (en la creencia de que los trabajadores no harán más que gastar sus salarios, mientras los ricos son más propensos a invertir sus ahorros y promover así el “crecimiento económico”) es el de imponer impuestos cada vez más regresivos y la reducción de impuestos. Según los “Ciudadanos en pro de impuestos justos”, los impuestos de las corporaciones caerán abruptamente hasta llegar a ser solo el 1,3% del PIB del 2003. Más de la mitad de los recortes de impuestos que entraron en vigor el pasado año favorecen a los más ricos, que constituyen el 1% de todos los contribuyentes, por lo que se mantiene la tendencia que se inició durante la presidencia de Reagan.

En la otra columna de este libro de contabilidad, los trabajadores en general son afectados por las presiones cada vez mayores sobre sus salarios, la reducción de los beneficios sociales, el deterioro de sus condiciones de trabajo y la posibilidad de perder sus empleos o de no encontrar ninguno. En relación con los trabajadores europeos, los norteamericanos disfrutaban de muchos menos días de vacaciones (como promedio menos), reciben menos y menores beneficios, mantienen más tiempo el empleo con más horas de trabajo semanales y, como los dos partidos dominantes están controlados por constructores del imperio, no cuentan con representación alguna. Como resultado de todo esto, los trabajadores norteamericanos quedan cada vez más marginados con cada asalto contra sus condiciones de vida y trabajo y su capacidad de negociar estas condiciones. En relación con esta situación, la clase obrera ha per-

dido batalla tras batalla en la dilatada lucha de clases que los capitalistas libran contra ellos.

El período de 1968 a 1973 fue el punto más alto que alcanzaron los trabajadores en su lucha, tanto en Europa como en los Estados Unidos, pero, desde la perspectiva de la clase obrera, los últimos treinta años han sido años de declinación constante de su capacidad organizativa, de reducción de su parte en el ingreso nacional, de empeoramiento de su calidad de vida, y de una menor influencia política. Mientras que el capital corporativo norteamericano lanzaba una serie de campañas globales de relativo éxito en su lucha por la parte de los “mercados emergentes” (en Asia y América Latina) que le corresponde y hacía avanzar su proyecto de imperio económico (dentro de la institucionalidad del nuevo orden mundial), la clase obrera norteamericana era exprimida, desechada o atropellada en el camino.

Al capital nunca le fue tan bien como en las últimas dos décadas, incluso mejor que durante la “época de oro del capitalismo” en las décadas del cincuenta y el setenta del siglo xx. Y a los trabajadores nunca les fue tan mal, por lo menos desde la década del treinta. El promedio de los salarios actuales en los Estados Unidos es igual o está por debajo del de 1973 y, según el Instituto de Política Económica, una cuarta parte de la población que trabaja hoy en los Estados Unidos recibe salarios que se encuentran en el nivel de pobreza. En una situación en la que se disparan las compensaciones de los ejecutivos y la acumulación de riqueza, la clase obrera norteamericana carga con el peso del ajuste de la economía norteamericana como lo exige el imperio militar y económico. Los costos sociales de este imperio, que la clase obrera paga de una manera desproporcionada en sus innumerables formas y divisiones multirraciales, son absolutamente abrumadores, y nunca lo habían sido tanto como en el régimen actual.

Lo que resulta sorprendente (o por lo menos lo que nadie ha podido explicar) es que la pérdidas *objetivamente* definidas y bien documentadas de las clases trabajadoras no han conducido a ninguna oposición de importancia a la construcción del imperio, con la excepción, al parecer, de la de los negros, quienes, como ocurrió, se opusieron a la guerra de Iraq por amplio margen. Por supuesto, en muchas zonas, hasta el 40% de los negros, en particular los jóvenes y los que se encontraban en “edad de trabajar” se encuentran desempleados o capturados por la maquinaria del sistema judicial, o en ambas situaciones a la vez. La erosión del Estado de bienestar, el alto grado de explotación y de opresión de los trabajadores de color (y de los inmigrantes recién llegados), junto con la transferencia de la riqueza hacia los altos estratos y su concentración en ellos, contribuyen a financiar el proyecto de la construcción del imperio del régimen. Esto es sumamente evidente. Como evidentes son los negativos efectos colaterales sociales y políticos de este proceso. La corrupción corporativa en gran escala en una economía especulativa estancada

y el desempleo creciente han acompañado el dramático viraje a la derecha en la política imperial.

También se produjo un aumento del crimen corporativo, el chovinismo nacional y la difusión del darwinismo social, ideología que incita al individuo egoísta a enfrentarse a otros en una lucha por la supervivencia y el provecho personal. En este contexto, son muchos los miembros de las minorías desempleadas y de baja educación que deciden incorporarse al ejército imperial, al tiempo que numerosos trabajadores blancos pobres manifiestan una hostilidad socialmente creada contra los musulmanes, los árabes y los pueblos del Oriente Medio. Los líderes acomodados de las principales organizaciones judías apoyan incondicionalmente al carnicero Sharon y a sus homólogos ideológicos del régimen de Bush en sus planes de guerras imperiales, la próxima de las cuales tiene a Irán por objetivo. Mientras tanto, los “progresistas” renuevan sus perennes y fútiles esfuerzos por convertir el Partido Demócrata, de partido imperial, en partido democrático de la república.

En los Estados Unidos no existe un desafío al imperio, ni es de esperar que se produzca en un futuro previsible. Ni los capitalistas disidentes (es decir, la brecha que no deja de ensancharse entre el imperio y la república), ni la clase obrera con sus muchas divisiones pueden formar la base social de una oposición consecuente. La principal amenaza al imperio proviene del exterior, de las incesantes luchas de masas y clases en el Tercer Mundo, que equivale a decir, América Latina, el Oriente Medio y Asia.